

Asambleas barriales en la Ciudad de Buenos Aires. La reapropiación del espacio urbano como foro de deliberación pública

Aida Quintar

Introducción

Hablar hoy de las Asambleas nos remite al fulgor de una búsqueda colectiva que atravesó con ímpetu el año 2002 pero también a las secuelas de brillos y oscuridades que fue dejando en su camino. El objetivo de este artículo es realizar un análisis exploratorio sobre estas experiencias de democratización en acto de nuestra vida urbana, expresadas en el movimiento de Asambleas Barriales Autoconvocadas en la Ciudad de Buenos Aires. Este fenómeno, de rechazo a los mecanismos de representatividad social y política tradicional, se inscribe en un cuestionamiento más amplio al modelo de desarrollo asumido en las últimas décadas.

De hecho, los diversos gobiernos civiles que se sucedieron desde la recuperación del estado de derecho en 1983 no dejaron de ser un continuismo en su política económica, respecto de las que se implementaron desde mediados de los setenta y que golpearon duramente a los sectores de menores ingresos. Incluso la política de apertura indiscriminada de nuestra economía, durante el gobierno de Menem, agudizó el proceso de desindustrialización heredado del gobierno militar, afectando a los obreros pero también a medianos empresarios, altos ejecutivos, profesionales, técnicos y empleados de mayor nivel de la

¹ Investigadora del Instituto del Conurbano de la Universidad Nacional de General Sarmiento, Provincia de Buenos Aires, Argentina.

producción, el comercio y los servicios. Paralelamente se produjo una creciente degradación del sistema educativo en todos sus niveles y de la atención a la salud, así como de los diversos aspectos vinculados al mantenimiento de los servicios de infraestructura urbana.²

Durante la década de los noventa y comienzos del nuevo siglo hubo expresiones de protesta dispersas y parciales por todo el país y, si bien la temática era diversa, lo que todas ellas tenían en común era el cuestionamiento a un sistema de corrupción e impunidad del poder, que los excluía de los derechos ciudadanos básicos —trabajo, justicia, salud, educación, vivienda— llegando a ser tan total esa exclusión en ciertos sectores de la población que debían buscar sus alimentos en la propia basura de las calles. En efecto, si bien durante los meses iniciales del gobierno de De la Rúa³ la sociedad había manifestado fuertes expectativas en lo relativo al compromiso de erradicar la corrupción, las primeras medidas socioeconómicas —en particular, la disminución de los montos de ingresos personales que debían pagar impuestos; la nueva Ley de Flexibilización Laboral y la rebaja de un 13% a los trabajadores estatales— comenzaron a generar cierto malestar entre sus principales bases sociales de apoyo (Quintar, Argumedo, 2000). Las denuncias sobre pagos de sobornos en el Senado, para lograr la aprobación de la Ley de Flexibilización Laboral, que involucran a senadores peronistas y radicales, pero asimismo afectan a funcionarios pertenecientes al círculo más íntimo del presidente, inicia un proceso de deterioro de la situación política que se sigue profundizando durante los años de gestión de De la Rúa.

El deterioro político de ese gobierno se combinó con un proceso recesivo agravado por los periódicos ajustes implementados sobre las condiciones salariales de los trabajadores y también por la desregulación de las obras sociales sindicales, la aprobación de una reforma jubilatoria orientada a privatizar el conjunto del sistema de seguridad social y el sostenido crecimiento del desempleo, agudizando la precarización de las condiciones de vida de la mayoría de la población. La recesión logró producir una marcada destrucción de capital industrial: más del 50% de la capacidad instalada del sector permanecía inactiva y el cierre temporario de plantas se fue sustituyendo por clausuras definitivas, que se tradujeran en suspensiones o despidos de trabajadores.

² No es ajena a estos resultados la sistemática aplicación de las medidas del FMI y el Banco Mundial que, como representantes de las grandes corporaciones, han venido desempeñando en forma cada vez más explícita el poder real que guía la orientación de la política argentina.

³ De la Rúa asume en 1999 en el marco de una Alianza autodefinida de centro-izquierda que se planteaba la lucha contra la corrupción de la política menemista.

El malestar tuvo una manifestación pública notoria en las elecciones parlamentarias de octubre de 2001, en las cuales se registró un gran ausentismo y una alta proporción de votos en blanco o expresamente anulados —fenómeno conocido como voto bronca— cuyas cifras superaron en muchos lugares a las obtenidas por el candidato ganador. En la ciudad de Buenos Aires el voto bronca alcanzó alrededor del 30%, convirtiéndose en la primera minoría y en otras grandes ciudades trepó a más del 40%. El 1° de diciembre de 2001, Cavallo impone un congelamiento de los depósitos bancarios que afectaría especialmente a más de tres millones de pequeños y medianos ahorristas. La crisis social redundó en una marcada caída de las ventas, tanto en los artículos de primera necesidad como en aquellos característicos del consumo de las clases medias.

Entre el 14 y el 17 de diciembre, el Frente Nacional Contra la Pobreza (FRENAPO) realizó una Consulta Popular no vinculante, sobre la necesidad de crear un salario de ciudadanía mediante un seguro de empleo y formación a trabajadores desocupados, propuesta que recibió un apoyo que superaba los tres millones de votos. En esos días hubo también otras expresiones del descontento como cortes de ruta de movimientos de trabajadores desocupados en demanda de alimentos o subsidios, movilizaciones de los trabajadores estatales en el interior del país y saqueos a supermercados en varias ciudades.

El 19 de diciembre, a la vez que siguen los saqueos, llegando ya a la propia Capital Federal, también se generaliza un clima de aguda turbulencia social al que el gobierno de De la Rúa sólo sabe contestar con represión. La multitud indignada por la indiferencia del gobierno se vuelca espontáneamente a las calles, concentrándose en la Plaza de Mayo, en los alrededores del Congreso de la Nación y frente al domicilio del ministro de economía Cavallo. El resultado de ese acontecimiento —conocido como el “cacerolazo”— fue la renuncia del presidente y su equipo de gobierno y la generalización del estado de movilización popular. En ese contexto se inscribe la emergencia del movimiento de las Asambleas Barriales Autoconvocadas, que serán analizadas en este artículo.

1. Organizándose en Asambleas

Las jornadas de insurrección ciudadana, que eclosionaron en diciembre de 2001, al mismo tiempo que cuestionaron la legitimidad de las instituciones y representantes políticos de la república plantearon la necesidad de profundizar el proceso de democratización de la vida ciudadana a través de nuevas formas de expresión de las prácticas políticas y de una reformulación de la propia noción de representación. La irrupción de la multitud alteró no sólo el ritmo de la ciudad sino también el funcionamiento de todas las mediaciones políticas y

sociales. Numerosas prácticas de colectivos dispersos y heterogéneos, que hasta ese momento sólo eran fragmentariamente percibidas y valoradas, adquirieron visibilidad.

Las primeras Asambleas surgieron en esos días a partir de los encuentros espontáneos que realizaron grupos de vecinos en las calles de los diversos barrios de la ciudad. En los primeros meses del 2002 llegaban a reunirse en esquinas, bares o plazas entre 150 y 300 vecinos para discutir acerca de los efectos sociales que tenían las políticas económicas que se implementaron en los últimos años, los problemas de corrupción de las instituciones públicas, la cuestión de la deuda externa o de las privatizaciones de los servicios públicos. Eran discusiones tumultuosas, en las que coexistían voces tan diversas como las de vecinas amas de casa, profesionales, empresarios, jóvenes estudiantes o jubilados. Los debates solían durar entre tres y cuatro horas, con una coordinación rotativa que intentaba garantizar la participación de todos los vecinos que quisieran intervenir. Esos espacios de debate no dejaban de ser, sin embargo, campos de disputa entre las viejas prácticas político partidarias —de izquierda— y prácticas que rechazaban el juego de hegemonizar espacios y buscaban rescatar una participación vecinal más autónoma.

Las subjetividades que emergieron a partir de la confluencia de los diversos movimientos de Asambleas, de piqueteros, de trabajadores de las fábricas recuperadas, de grupos de derechos humanos, centros estudiantiles y culturales, colectivos de comunicación alternativa, murgas y grupos de artistas donde suelen nuclearse las resistencias juveniles, mostraron otras modalidades de sociabilidad y práctica política diferentes a las tradicionales. En ese sentido, puede decirse que el cuestionamiento que protagonizaron las Asambleas junto a las otras organizaciones excedió ampliamente la esfera de la problemática económico-financiera extendiendo su impacto hacia lo político, lo social y lo cultural. Fue un período muy rico en iniciativas y creaciones populares, donde las diversas expresiones de la acción social colectiva con sus luchas por nuevos sentidos pusieron en entredicho muchas de las viejas certezas, resignificando la noción tradicional de espacio público⁴ y explorando nuevas formas de pensar-hacer política.

Los participantes de las asambleas, pertenecientes a lo que se suele denominar “clase media” (con toda la gama de variaciones que presenta este sector

social) conformaban una multiplicidad en términos de edad, sexo, condición de actividad, inserción laboral, nivel de educación, experiencias políticas previas y pertenencia a instituciones públicas y privadas diversas. A diferencia de otras instancias organizativas como las asociaciones territoriales,⁵ por ejemplo, donde era notoria la preeminencia de mujeres adultas jóvenes, entre sus miembros más activos⁶ en las Asambleas no predominó una franja etárea determinada y, en general, la distribución de hombres y mujeres era semejante.

Lo común que los aglutinaba —además de su explícito rechazo al sistema político establecido— era su pertenencia territorial al barrio, en su condición de vecino. Por esa misma razón, en un análisis de la estadística pudimos constatar que no se trataba de un fenómeno homogéneo sino de expresiones singulares que si bien tenían puntos comunes de intersección también expresaban realidades diversas por barrio, estratos sociales predominantes y hasta influencias diferenciadas de los grupos tradicionales de izquierda.

La heterogeneidad constitutiva de las Asambleas, si bien era fuente de tensiones y conflictos latentes, permitía establecer condiciones de intercambio simbólicos, materiales y afectivos más igualitarios entre sus miembros, relativizando el poder personal que podía exhibirse fuera de ese ámbito. Los asambleístas desde los primeros encuentros comenzaron a debatir modalidades y pautas de organización que permitieran no sólo encauzar con cierto orden sus deliberaciones sino también darle mayor operatividad a sus acciones en el barrio. En el debate fueron surgiendo alternativas diversas: desde mantener el nivel no institucionalizado de esas formas organizativas hasta buscar institucionalizarlas en asociaciones civiles o políticas. Si bien todas las variantes cabían en las propuestas, paulatinamente fue perfilándose como predominante la posición que buscaba evitar la institucionalización de las Asambleas, fundando su planteo en la voluntad colectiva de mantener el carácter democrático e innovador que promovía esa forma de participación vecinal.

2. Ocupando el espacio público

Las Asambleas barriales constituyeron una forma inédita de organización política de la sociedad en el territorio, en la cual el barrio como recorte del

⁴ Este artículo se basa en investigaciones sobre el movimiento asambleario, realizadas en el curso del año 2002 y 2003 en el marco del proyecto “De las acciones colectivas de las asociaciones locales a las asambleas vecinales: ensayando nuevas modalidades de práctica política”, en el Instituto del Conurbano de la UNGS, bajo la dirección de Aida Quintar. En el equipo de investigación participaron Tomás Calello, Grisel Adissi, Federico Fritzsche, Marcela Vio y la estudiante Raquel Arévalo.

⁵ Para mayores detalles sobre las características y actividades que realizan estas asociaciones en la Región Metropolitana de Buenos Aires ver “La acción de las organizaciones sociales de base territorial”, Cartilla de Desarrollo Local Nro 5, Instituto del Conurbano-Instituto de Estudios y Formación (Central de Trabajadores Argentinos), A. Rotman (comp), Universidad Nacional de General Sarmiento, Buenos Aires.

⁶ Es el caso de muchas organizaciones en las que hay beneficiarios de programas sociales focalizados que distribuye el Estado para asistir a los sectores más vulnerables de la población y en los que las mujeres participan más activamente.

espacio urbano tuvo un papel clave. Las lógicas de gestión predominantes hasta entonces se habían caracterizado por la fragmentación de ese espacio de acuerdo a convenciones que no se ajustaban a las prácticas sociales del barrio; las Asambleas, por el contrario, intentaron ser una expresión de las mismas. El proceso de recuperación de la cuestión pública por las Asambleas tuvo, desde un comienzo, su manifestación espacial expresada en la reapropiación del espacio urbano para intensificar a través de la actividad deliberativa la participación de la ciudadanía en los problemas nacionales.

La nueva forma de experimentar el uso de la ciudad —por parte de los vecinos, la presencia simultánea de cooperación y conflicto entre los diversos grupos e intereses que disputaban el espacio y los diversos poderes de negociación que se ponían en juego en esas relaciones— dan cuenta del campo complejo en el que se han ido desplegando las diversas intervenciones urbanas que intentaron encarar las Asambleas en la Ciudad de Buenos Aires. Cabe destacar, por otra parte, que el modo de reapropiación del espacio por los asambleístas se oponía fuertemente a las formas mercantilizadas de acceso a la ciudad impuestas principalmente por los procesos de privatización que tuvieron lugar particularmente en los noventa, tanto en la Ciudad de Buenos Aires como en el resto de la Región Metropolitana.

Procesos de ese tipo (Puerto Madero, los shoppings, etc.) estuvieron dirigidos hacia los sectores de la población de más altos ingresos, conceptualizando de esta manera una nueva ciudad para pocos “elegidos”, desplazando, así, las políticas públicas urbanas de la esfera del Estado a los intereses del capital privado (desarrolladores inmobiliarios, grandes empresas constructoras y de servicios de infraestructura). A diferencia de esas intervenciones, que originaron un proceso de construcción de representaciones del espacio urbano asociadas únicamente al consumo, en todas sus variantes, la reapropiación que realizaron las Asambleas apuntaba a recuperar el concepto de ciudad como contenedora y gestora de la esfera pública de la vida y de las relaciones sociales en su conjunto. También se diferenciaron de las lógicas de acumulación política territorial que estaban presentes en los comités del Partido Radical o las unidades básicas del Partido Justicialista, en la medida que el espacio público ocupado por las Asambleas se constituyó como el lugar “de todos” y “para todos”, donde los vecinos podían referenciar una experiencia colectiva vinculada a la búsqueda de una mayor democratización de la participación ciudadana.

Todas esas acciones, tan estrechamente vinculadas a la cuestión territorial-local, a la vez que marcaron la singularidad de las Asambleas estimularon, en algún sentido, procesos identitarios asociados con la pertenencia barrial que se fueron constituyendo en la práctica común e incluso en acciones posteriores

que se realizaron en los barrios por fuera del momento asambleario. Si bien los asambleístas tendieron a ver en las Asambleas una herramienta con la cual tratar de resolver problemas barriales generando vínculos basados en la solidaridad, la relación con los vecinos distaba de ser clara para ellos. ¿Cómo se situaba el vecino en relación a su doble pertenencia al barrio y a la ciudad? ¿Cuál era el abordaje político adecuado para la resolución de los problemas sociales que presentaban el barrio y la ciudad? ¿Cuál era el destino de las Asambleas? Muchos interrogantes de este tipo circularon en los debates del 2002 y 2003, intentando hacer inteligible la compleja trama en la que se insertaba la cuestión identitaria de estos nuevos sujetos colectivos.

3. Superando la disyunción entre lo social y lo político

El surgimiento de las Asambleas vecinales, en diciembre del año 2001, fue un gesto colectivo aunado en la protesta por un tipo de representación social y política que los ignoraba como representados. Así, desde las primeras deliberaciones asamblearias el tema común a todos era el cuestionamiento a la situación institucional del país, la legitimidad de los funcionarios de gobierno y los representantes políticos y el sentido mismo de lo que se entendía como “política”. Entre las posturas que disputaban su sentido podemos distinguir aquellas que buscaban diferenciarla de lo que consideraban una mera gestión administrativa; aquellas que veían a la práctica asamblearia como la antesala para una militancia “revolucionaria” o aquellos que las entendían como una práctica política que expresaba formas innovadoras de autoorganización social.

No hubo, tampoco, una única forma de interpretar las actividades que desarrollaban los asambleístas en el barrio. En muchos casos esas posiciones se polarizaban entre los que defendían una acción cercana al asistencialismo (comedores para sectores vulnerables, etc.) y los que buscaban promover prácticas de autogestión social y productiva. De hecho, mientras que en los primeros meses del 2002 los asambleístas se concentraron básicamente en la deliberación y la movilización, los efectos aumentados de la crisis económico-social afectaron el desarrollo y las actividades de las Asambleas barriales orientándose, en muchos casos, hacia la resolución de problemas sociales y urbanos. Resulta destacable que muchos asambleístas en esa reorientación hicieron una puesta en común de una serie de saberes y experiencias previas asociadas a la sobrevivencia inmediata —que, al difundirse fueron tematizadas como problemas que asumían una dimensión política— buscando, a su vez, innovar y democratizar las formas de gestión. En ese sentido, las prácticas sociales de las Asambleas se diferencian de las que llevan adelante

organizaciones tradicionales (en particular los Organismos No Gubernamentales) que generalmente tienden a escindir las cuestiones sociales de las políticas.

Si bien la experiencia de las Asambleas Barriales no tuvo una trayectoria homogénea, en todas ellas se intentó articular a los vecinos a través de diversas actividades de carácter colectivo y solidario, ocupando en muchos casos espacios públicos y también privados que estaban abandonados. El hecho de que la ocupación de esos espacios se realizara antes de haber decidido una nueva función a desarrollar en el mismo hace pensar que el motivo principal que las guiaba era la recuperación de la cuestión pública. Esto no excluye el hecho de que, luego de la toma, muchos de esos lugares sirvieron para alojar distintas iniciativas de las Asambleas tales como la instalación de comedores comunitarios o de ollas comunitarias, etc.

Con relación a las ocupaciones de predios para su uso comunitario, la historia de las Asambleas fue simultánea con la de las fábricas recuperadas, experiencia que a la vez retomó y apoyó. Paralelamente, aunque en un grado tal vez menor, existían otras prácticas similares con objetivos distintos, entre ellos Centros Culturales —muchos basados en experiencias europeas, como los “okupas”— que funcionaban en viejas casas abandonadas, y con miradas políticas análogas a las de las Asambleas. El acercamiento tanto concreto como ideológico a estas prácticas hizo que se configurara un peculiar horizonte de sentido dentro del cual la “recuperación” de espacios con fines de autogestión popular fuera visto como algo posible y deseable.

Promediando el año 2002, distintas Asambleas impulsaron la apropiación de lugares y predios abandonados con el fin de ser utilizados por los vecinos del barrio, permitiendo que el espacio urbano así recuperado se convirtiese en un medio de promoción y sostén para las actividades realizadas junto a otros colectivos sociales, en particular los vulnerados. Es así como las Asambleas fueron encontrando en bancos, en viejos mercados municipales y distintos tipos de locales abandonados un desafío para materializar la construcción colectiva de esta experiencia, dotándola de un cariz que pusiera de manifiesto su singularidad. La función de la ciudad fue resignificada en un sentido social, conformando aunque embrionariamente un nuevo horizonte del espacio público. Estas iniciativas marcaron, como hemos mencionado, una etapa distinta en el desenvolvimiento de las Asambleas.

* La escisión entre las prácticas sociales y las políticas suele prevalecer en las organizaciones sociales conocidas como del “Tercer Sector” tales como fundaciones y organizaciones no gubernamentales (ONGs) cuyo fin es atender poblaciones que padecen distintos grados de vulnerabilidad. Al respecto un análisis en profundidad sobre los aspectos sociales y políticos que presentan estas organizaciones en el conurbano bonaerense se encuentra en el artículo de Quintar, Calello (2003).

En tanto nuevo actor urbano, la Asamblea se distinguió más por su capacidad de acción que por su rol en tanto formuladora de políticas urbanas, cuando las intervenciones que realizaba suponían una construcción política implícita. Sin embargo, era una construcción política diferente, horizontal y participativa que no guardaba relación con la elaboración de “políticas” por los profesionales de la administración pública. Para coordinar sus acciones, las Asambleas de la Ciudad de Buenos Aires conformaron distintos niveles de articulación territorial (interbarrial e interzonal principalmente) con otras Asambleas así como instancias de coordinación temática (asambleas intersectoriales) orientadas a la resolución de problemas vinculados a la reproducción de las condiciones de vida de la población en la ciudad.

Las acciones surgidas a partir de las coordinaciones temáticas estuvieron particularmente orientadas a desarrollar tipos de intervención “pop-ful” en aquellas áreas de servicios e infraestructura urbana que habían sido abandonadas por el Estado Nacional en las últimas décadas. En la planificación de estas intervenciones, si bien había una preocupación por lograr una gestión eficiente, la preocupación central estaba referida al papel que se atribuían las Asambleas en tanto actores de la gestión urbana preguntándose si no estaban con ello sustituyendo una función propia del Estado, asumiendo así la racionalidad “neoliberal” que al mismo tiempo se impugnaba.

A diferencia de otras modalidades asociativas u organizaciones políticas tradicionales, hubo en las Asambleas una problematización alrededor de los tipos de vínculos que podían desarrollar los participantes entre sí y también con los “otros”, especialmente en los casos de intervenciones orientadas al apoyo a grupos sociales con graves carencias en sus condiciones de vida. ¿Cómo vincularse solidariamente con una población que fue perdiendo derechos sociales, sin reproducir mecanismos “clientelares” o asistencialistas. ¿Cómo impulsar la generación de espacios de autoorganización?

La horizontalidad en las relaciones entre los asambleístas fue un horizonte compartido en los discursos de este heterogéneo movimiento social así como el cuestionamiento al modelo institucionalizado de representación. En tal senti-

* Estos cuestionamientos surgen especialmente en el caso del apoyo a distintos grupos excluidos del sistema como los cartoneros y los trabajadores desocupados, que reciben el respaldo de los asambleístas y de las Asambleas en su comando. En estos casos, sin embargo, puede complicarse con la intervención de partidos políticos que no los consideran como trabajadores con quienes es posible establecer relaciones de reciprocidad y confianza, sino como potenciales adherentes. Problemáticas de este tipo suelen ser más acuciantes en un barrio que en otro, debido a las características peculiares de cada uno.

* Prácticas de intercambio de favores e influencias, desarrolladas por los partidos políticos tradicionales para lograr apoyo electoral del pueblo, a través de candillos y líderes zurdos.

do, un amplio grupo de Asambleas —reivindicando mecanismos de la democracia directa— propusieron un sistema de constante rotación de los delegados escogidos para llevar el mandato a las diversas instancias de coordinación interasamblearia, entre barrios o zonas, o para establecer relación con funcionarios del gobierno de la Ciudad. Cabe destacar, sin embargo, que los intentos por horizontalizar las relaciones y plantear formas parciales de representación presentaron en la práctica concreta múltiples dificultades, ya que significaba contravenir formas jerarquizadas de relación largamente institucionalizadas en la vida cotidiana de los barrios.

En el sustrato de las tensiones mencionadas hay tanto bases de tipo ideológico —que suponen diversas antinomias como reformismo o revolución, horizontalidad o prácticas autoritarias y elitistas, planificación o espontaneísmo— como otras que son expresión de estructuraciones sociales de la subjetividad y que no por menos visibles dejan de influenciar sobre los colectivos asamblearios generando a su vez nuevas bases de afinidad. Estas tensiones se ven expresadas en los Boletines de las Asambleas que son los medios privilegiados de comunicación con el barrio. En relación a este discurso su contenido suele variar de acuerdo a la presencia en la asamblea de distintas categorías de trabajadores, profesionales, militantes y miembros de instituciones como sindicatos (en particular, CTA), partidos políticos de izquierda, Iglesia y el Gobierno de la Ciudad.

4. Las Asambleas como actores de la gestión urbana

La recuperación del espacio público por parte del movimiento asambleario buscó también desarrollar formas de gestión de las problemáticas urbanas en las que la ciudadanía tuviera un papel activo. Esto implicaba resignificar la práctica política integrando a la acción deliberativa la gestión autónoma o la co-gestión entre grupos sociales e instituciones estatales.

Las nuevas prácticas demandaron una mayor responsabilidad, compromiso, continuidad en el tiempo y capacidad resolutoria que si bien no estuvieron exentas de dificultades y limitaciones de distinto tipo también significaron un desafío importante en términos de un aprendizaje colectivo sobre formas innovadoras de gestión en consonancia con el intento de buscar nuevas formas de pensar-hacer política.

Ya durante la década de los noventa, a la vez que se extendía la hegemonía neoliberal privatizadora¹⁰ se instalaba el proyecto de Reforma del Estado en la

agenda pública. De hecho, la cuestión de la transferencia de las entidades públicas prestadoras de servicios sociales hacia el sector público no estatal manteniendo el Estado la responsabilidad en la provisión de recursos implicó cambios profundos en la propia institucionalidad del Estado y en su relación con la sociedad. A su vez, en algunas regiones de América Latina, comenzaron a desarrollarse experiencias orientadas a lograr un mayor protagonismo social y político de la ciudadanía.¹¹ En ese marco, se inscribió el debate alrededor del espacio de lo público no estatal¹² que alimentó, en parte, las diversas posiciones que asumieron algunas Asambleas en relación a su papel como nuevos actores de la gestión urbana.

A lo largo del año 2002 y parte del 2003 el movimiento asambleario desplegó un amplio espectro de acciones a nivel barrial: comedores y ollas populares para la población más pobre, microemprendimientos productivos para los desocupados, ferias artesanales, compras comunitarias, diversos talleres culturales y recreativos, apoyo solidario a fábricas ocupadas y autogestionadas por los trabajadores y a movimientos de trabajadores desocupados piqueteros. Particularmente interesantes fueron ciertos emprendimientos que encararon algunas Asambleas junto con otras organizaciones sociales, como fue el caso de la recuperación de una clínica en la zona oeste de la ciudad¹³ o el de Asambleas de la zona sur de la ciudad que en conjunto con la Coordinadora interzonal de salud¹⁴ y profesionales de un neuropsiquiátrico público intentaron rescatar una panadería industrial que estaba abandonada en ese nosocomio.¹⁵

Retomando, entonces, los debates y experiencias que buscan promover una actitud ciudadana más activa reformulando la participación de otros ámbitos además de los estatales en la gestión de lo público, ¿cómo evaluar las experiencias ensayadas por ciertos sectores del movimiento asambleario? En una primera aproximación podríamos decir que son dos las cuestiones sobre

¹¹ Ejemplo de esos protagonismos ciudadanos nos lo brinda la experiencia del "Presupuesto Participativo" que se inició en Porto Alegre, Brasil. Se trata de una modalidad de participación activa de la ciudadanía en la toma de decisión acerca de las prioridades que debía tomar el cuenta el presupuesto municipal en materia de obra pública.

¹² En relación a esta cuestión véase Cunill Grau (1997) y Cunill Grau y Bresser Pereira (1998).

¹³ Un grupo de Asambleas de la zona oeste de la ciudad ocupó una clínica abandonada y en vinculación con profesionales de la salud —que respondieron a una convocatoria de las Asambleas— y representantes del Movimiento Nacional de Empresas Recuperadas (MNER) intentaron convertirla en un centro de asistencia primaria para el barrio y también mutual de salud para los trabajadores del MNER.

¹⁴ La Coordinadora Interzonal de Salud fue uno de los ámbitos de coordinación creados por el movimiento asambleario en el año 2002.

¹⁵ El objetivo de ese emprendimiento era dar trabajo a los internos del hospital que estuvieran en condiciones de realizarlo y alimentar a los comedores que funcionaban en las Asambleas de la zona sur capitalina.

¹⁰ Según Cunill Grau y Bresser Pereira (1998), surge la necesidad de "reconceptualizar lo público, para propender así a su revalorización e, incluso, a su demarcación respecto del ámbito de lo privado."

las cuales se podrían adelantar algunas reflexiones: las referidas a la ecuación eficiencia-democracia y las que aluden a la relación sociedad-Estado.

En torno a la primera podemos afirmar que las experiencias de las Asambleas en tanto nuevos actores de la gestión urbana, a la vez que mostraron cierta potencialidad para involucrarse en ese tipo de actividades, también pusieron en evidencia sus limitaciones en términos de eficiencia. Entre sus potencialidades cabe destacar la voluntad por buscar formas de gestión no convencionales en las que intentaron combinar lógicas de acción colectiva cuyo tipo ideal se aproximaba a la autogestión. Las limitaciones que presentaron estos intentos derivaban no sólo de la falta de recursos materiales sino centralmente del carácter voluntario y asistemático con el cual intentaron desarrollar estas experiencias, situación que influyó en las dificultades por establecer compromisos organizativos permanentes por parte de los participantes. En muchos casos superar estas limitaciones pasó más por retornar a las prácticas de delegar la dirección de las iniciativas en unos pocos miembros, reconstituyendo de ese modo ciertas jerarquías más tradicionales de la gestión. Así, la deliberación democrática que caracterizaba a las Asambleas apareció en muchas ocasiones tensionada por los requerimientos que le imprimía la gestión.

Con respecto a la relación sociedad-Estado, tanto en el caso de la clínica que se intentó transformar en una mutual para los trabajadores de empresas recuperadas, como en el emprendimiento de la panadería que se planteó en la fábrica abandonada del neuropsiquiátrico, los discursos y prácticas con respecto a lo que se le exigía al Estado contenían fuertes ambigüedades. Esto implicaba no sólo luchas por el sentido de las prácticas colectivas entre los diversos grupos participantes de los proyectos, sino que en muchas ocasiones implicaba situaciones de perplejidad, en tanto se demandaba a un Estado del cual se pretendía no depender.

5. Reflexiones finales a modo de conclusión

El movimiento de asambleas barriales que surgió con los acontecimientos de diciembre de 2001, a diferencia de las formas asociativas que proliferaron durante los años noventa, planteó modalidades organizativas innovadoras en sus intentos por horizontalizar las relaciones de los participantes entre sí. A diferencia del movimiento asociativo de aquella década, cuyo principal objetivo fue ser órganos para gestionar las demandas de los sectores más vulnerables de la sociedad, definiendo sus prácticas como puramente sociales (Quintar y Calello, 2002), en la constitución de las Asambleas la motivación política jugó un papel fundacional. La consigna "que se vayan todos, que no quede ni uno solo" que las acompañó en su conformación por las diversas ciudades del país

durante el 2002, a pesar de su carácter ambiguo y negativo, daba cuenta de una profunda crisis de legitimidad en la que se hallaban envueltas las instituciones representativas del Estado.

Las Asambleas de Vecinos autoconvocados desde el inicio pusieron en acto el objetivo de reapropiarse del espacio público para reinstalarlo como un foro público deliberativo de los grandes problemas nacionales pero también de problemas urbanos acotados al barrio en el que se localizaban esas Asambleas. En ese sentido, se materializa la emergencia de un nuevo actor social que intentaba revertir el proceso privatizante que había predominado durante los años noventa. La nueva forma de experimentar el uso de la ciudad -por parte de los vecinos asambleístas- buscó estimular una subjetividad diferente, en la cual el espacio urbano dejaba de expresarse únicamente bajo los patrones del mercado que venían hasta entonces orientando su trayectoria y abría un resquicio para la construcción de nuevas representaciones asociadas con el reforzamiento de la participación en la vida social y política de la ciudad.

El espacio público que ocuparon las Asambleas no seguía la lógica de acumulación política de los partidos electoralistas tradicionales, presentes en los comités o unidades básicas que establecían sus locales en los barrios. Por el contrario, lo que se buscaba era que ese espacio público se constituyese en el lugar "de todos" y "para todos los vecinos, donde pudieran referenciar su experiencia colectiva restableciendo un tejido social fuertemente deteriorado por la pobreza y la marginación social. Sin embargo, las viejas prácticas político-partidarias no dejaban de aparecer en las Asambleas a través de los grupos más tradicionales de la izquierda, prolongando estilos verticalistas que tensionaban la construcción de relaciones horizontales a las que aspiraba gran parte del movimiento asambleario. Y si bien no había grandes diferencias en los discursos empleados para reflejar las problemáticas comunes del barrio entre los vecinos y los militantes de los partidos de izquierda, sí se percibían con mayor claridad esas diferencias en el énfasis de estos últimos al hacer hincapié en las Asambleas como posibles órganos de poder en lo referido a la macropolítica nacional. En ese sentido, en el caso de las asambleas donde la presencia de militantes partidarios era reducida, los temas prioritarios de los plenarios se centraban en la búsqueda de soluciones a los problemas del barrio, mientras que en aquellas Asambleas en las que predominaban los grupos de izquierda además de prioritar en la temática cuestiones extrabarriales (deuda externa, privatizaciones, etc.) se generaban también enfrentamientos entre los militantes que influían negativamente en la participación de los vecinos.

Las posiciones ideológicas presentes en las Asambleas eran muy diversas si bien todas tendían a ubicarse en un arco que iría desde lo que se consideraba

el centro hacia la izquierda. Esto se expresaba en el cuestionamiento al programa neoliberal y también a la estructura de corrupción de las instituciones y representantes. De ahí que en los boletines que elaboraban muchas Asambleas para comunicarse con el barrio se cuestionaba la delegación de poderes, resaltando la importancia de construir nuevas formas de sociabilidad.

En la reflexión acerca de las Asambleas más que tomar una posición respecto a la ideología que las permeó nos interesa destacar la fuerte tensión entre discursos, prácticas y consignas que, escapados de sus ámbitos de pertenencia tradicionales, circularon desordenadamente en esos espacios de experimentación social, buscando nuevos sentidos. Esa tensión se vio expresada en las discusiones acerca de si las prioridades del debate asambleario debían centrarse en la macro o en la micro política. También el sentido otorgado a la noción de política ocupó un espacio significativo en las diversas posturas expresadas por los participantes, pudiéndose distinguir entre las perspectivas más frecuentes: aquellas que buscaban diferenciar la política de lo que consideraban una mera gestión administrativa; las que veían en las prácticas asamblearias la antesala a formas de militancia "revolucionarias"; los que entendían a la política como una construcción permanente de autonomía y búsqueda de innovación social expresada en las propias prácticas barriales.

¿Qué significaron en términos de las instituciones políticas y las modalidades de acción política las experiencias de las Asambleas y las movilizaciones del 2002? El contexto social y político en que se inscribieron las acciones y gestiones que encararon las Asambleas Vecinales permitió como pocas veces en la historia argentina un despliegue de iniciativas e innovaciones sociales. El movimiento de Asambleas no se propuso en términos generales "cambiar la vida" o "cambiar el mundo": sin embargo sus prácticas micropolíticas fueron la expresión de y contribuyeron a modificar el estado de una sociedad fuertemente anclada por décadas en el paradigma neoliberal del discurso único y la falta de solidaridad. Precisamente el correlato de las iniciativas solidarias como las encaradas —con sus logros y limitaciones— marcarían un cambio en el rumbo de una subjetividad ya reacia al "sálvese quien pueda".

Para finalizar podríamos decir, entonces, que la experiencia de las movilizaciones y Asambleas durante el 2002 y parte del 2003 puso en cuestión la democracia restringida, que caracterizó el final de siglo en la Argentina, buscando nuevas formas de construcción democrática en los más variados espacios de la sociedad. Y si bien las diversas Asambleas en sus trayectorias construyeron destinos diversos —algunas quedaron reducidas a pequeños grupos de discusión político-cultural, otras se orientaron a formar microemprendimientos en el marco de la llamada "economía social" y hubo también

procesos de convergencia en un espacio de coordinación de Asambleas autonomistas— la importancia de este fenómeno aparentemente efímero fue central si se considera la fragmentación social que había precedido a la profunda crisis del 2001. En ese sentido, implicaron la explícita condena a la corrupción en sus distintas manifestaciones así como el apoyo a un concepto de ciudadanía ampliado que incluye los derechos humanos y sociales básicos. Estas coincidencias expresadas de modo fragmentario y en términos más negativos que propositivos parecerían haber ido conformando, sin embargo, un umbral ineludible para cualquier propuesta política alternativa que quisiera construir una opción.

Bibliografía

- ARGUMEDO, Alcira y Aída QUINTAR (2003): "Argentina en la encrucijada". en *Revista de Estudios Sociológicos del Colegio de México*. agosto-septiembre. México.
- BRESSER PEREIRA, Carlos y Nuria CUNILL GRAU (1998): *Lo Público No Estatal en la Reforma del Estado*. CLAD y Editorial Paidós, Buenos Aires.
- CATENAZZI, Andrea y Juan LOMBARDO (2003): *La cuestión urbana en los 90*, Ediciones Al Márgen-Universidad Nacional de General Sarmiento.
- CUNILL GRAU, Nuria (1997): *Repensando lo público a través de la sociedad. Nuevas formas de gestión pública y representación social*. Clad-Nueva Sociedad, Caracas.
- DE MATTOS, Carlos (1997): *Hacia un planeta de archipiélagos urbanos*. Santiago de Chile: Instituto de Estudios Urbanos y Regionales, Pontificia Universidad Católica de Chile.
- FERNÁNDEZ, Ana M., BORAKIEVICH, S. y RIVERA, I. (2002): "El mar en una botella", en *Revista Campo grupal*, año 4, n°32 — marzo, Buenos Aires.
- ITURRASPE, Francisco (1986): *Participación, cogestión y autogestión en América Latina*, Tomo I, Editorial Nueva Sociedad, Caracas.
- QUINTAR, Aída y Alcira ARGUMEDO (2000): "Argentina: os dilemas da democracia restringida", en *Lua nova. Revista de cultura e política* n° 49, Cedec, São Paulo.
- QUINTAR, Aída y Tomás CALELLO (2002): "Prácticas colectivas populares en la Región Metropolitana de Buenos Aires ¿Indicios de nuevas formas de pensar-hacer política?". en Adriana Rofman (comp.): *La acción local de las organizaciones sociales de base territorial*. ICO-UNGS/IDEP-CTA. Cartilla 5 del Programa de Desarrollo Local.

Aída Quintar

QUINTAR, Aída y Perla ZUSMAN (2003): "Resonancias de las jornadas de diciembre de 2001 en Argentina. ¿Emergencia de una multitud constituyente?", en *Iconos*, Revista de Flacso N° 17. Quito, Ecuador.

RODRÍGUEZ, Carlos (2000): "Los barrios privados: el fin del boom", en *Mundo Urbano* N° 11. Universidad Nacional de Quilmes (UNQ).

SEGUNDA SECCIÓN

Estudios en el contexto europeo